

Arrimar el hombro

LA VANGUARDIA, Editorial, 13.10.08

HAY que aguantar el tirón. La crisis exige la respuesta coordinada de todos los países europeos", dijo ayer el rey Juan Carlos en la recepción ofrecida en el Palacio Real con motivo de la festividad del 12 de Octubre. Fortaleza ante la adversidad y más espíritu de colaboración son un buen consejo para los tiempos que vienen. Harían bien los dirigentes políticos, empresariales y sindicales en tomar buena nota de las palabras del Monarca.

La fiesta del 12 de Octubre discurrió con toda normalidad, afortunadamente liberada de las tensiones de ediciones anteriores, especialmente la del año pasado, en la que hubo expresas convocatorias para la exhibición de símbolos patrióticos en clave partidista. El propio líder de la oposición grabó en el 2007 un spot televisivo en el que invitaba a los madrileños a acudir en masa al desfile militar del 12 de Octubre, en señal de adhesión a los valores constitucionales y a la unidad de España, supuestamente en peligro. Las tensiones políticas en torno a la negociación con ETA se hallaban en su apogeo. No vamos a caer ahora en la broma fácil de contraponer aquella convocatoria, sin duda legítima, con el desliz de Mariano Rajoy el pasado sábado en A Coruña, cuando, sin apercibirse de que un micrófono estaba abierto, calificó de "coñazo" el desfile del 12 de Octubre. Sin duda, no es este el pensamiento político del jefe de la oposición, que, por otra parte, tiene todo el derecho del mundo a suspirar por un domingo de descanso. Rajoy estuvo ayer en el desfile y en la recepción del Palacio Real, y soportó con entereza las inevitables chanzas: "He aprendido a callar", dijo.

La tranquilidad y el sosiego que ayer presidieron los actos de la Fiesta Nacional española son una buena noticia, que nos ilustra sobre el grado de exageración de la denominada crispación política, especialmente intensa en los últimos cuatro años. Desde las páginas de nuestro diario, lo hemos repetido hasta la saciedad: la desmesurada irritación política no respondía a una realidad social de fondo. Paradójicamente, el abuso de la tensión dialéctica se sustentaba en la propia prosperidad económica. En la medida en que el horizonte parecía despejado, la política tiraba de la cuerda, seguramente consciente de que nada importante podía romperse, por muy gruesas que fuesen las palabras y las descalificaciones. Había en esa actitud un innegable trasfondo de frivolidad.

Hoy las cosas han cambiado. El horizonte económico no está nada despejado y la prosperidad puede verse seriamente amenazada por las consecuencias materiales de la colosal entropía que se ha apoderado del sistema financiero internacional. El ambiente político es un poco más sereno, pero debemos preguntarnos si se está haciendo todo lo posible para hallar una solución coordinada a la crisis - que en lo sustantivo es una crisis de confianza-, tanto en el plano internacional, como en ámbito de la política interior española.

Gobierno y oposición deben buscar el entendimiento sobre las respuestas básicas a la crisis, sin que ello suponga eliminar el legítimo y necesario terreno de confrontación. No es necesario que socialistas y populares pacten toda la política económica, basta con que compartan las principales medidas para afrontar la emergencia. También los partidos políticos catalanes debieran preguntarse estos días si están haciendo lo suficiente para arrimar el hombro.